

Hemos llegado, o no

JOSEBA ARREGI

Nos queda todavía un camino largo, a pesar de que hemos dado un paso de gigantes con el que ni siquiera soñábamos hace unos pocos años

Las líneas que siguen están escritas desde la adhesión a la manifestación de Gesto por la Paz y desde el reconocimiento de la impagable aportación de ese movimiento cívico a la decencia y a la dignidad de la sociedad vasca: Gesto por la Paz ha sido lo que ha salvado de una quiebra moral total a la sociedad vasca. Si Gesto por la Paz no hubiera mantenido la postura de denunciar a ETA, sus crímenes, y de pedir su disolución sin contrapartidas, la sociedad vasca estaría condenada a no poder mirarse al espejo.

Tampoco tiene quien suscribe estas líneas problema alguno en reconocer la validez del contenido del eslogan que dice que ya lo hemos logrado, que ya hemos llegado a donde habíamos soñado con llegar: a que ETA se haya visto obligada a declarar que ya no va a matar más. Y quizá convenga recordar que no hace todavía demasiados años algunos líderes políticos nacionalistas predicaban que ni Franco pudo con ETA, que si se detenía a un comando otros muchos iban a surgir, y tampoco hace tanto tiempo que los obispos vascos hablaban de la negras nubes que se cernían sobre la sociedad vasca a causa de la Ley de Partidos políticos y de la ilegalización de Batasuna: en lugar de los miles de jóvenes vascos que iban a pasar a la clandestinidad a engordar y fortalecer a ETA lo que se ha conseguido es que ETA se haya visto forzada a declarar que deja de matar. Es realmente mucho si se tiene en cuenta en qué contexto se ha conseguido todo esto.

Pero, a pesar de todo, tenemos que decir que todavía no hemos llegado al final del camino. Y no solamente porque ese final no existe, sino que ni siquiera hemos llegado a un final intermedio. Y no hemos llegado porque algunas líneas rojas que pensábamos que eran las mínimas a respetar para poder afirmar que empezábamos un nuevo ciclo se están hollando todos los días sin reparo alguno. No ha habido, y no tiene trazas de que por el momento vaya a haber, una condena de la historia de terror de ETA.

Y no la hay porque ni ETA ni Batasuna están dispuestas a ello. Al contrario: están en que la sociedad vasca debe agradecer a ETA lo mucho que esta ha aportado a la libertad de los vascos amenazando a muchos y matando a no pocos de ellos. Y porque hay dirigentes políticos que dicen que no hay que pedir lo que nunca van a dar: la condena de la historia de terror de ETA. Si se hubiera seguido esta lógica en los momentos en los que nadie creía que fuera posible derrotar a ETA, no habríamos llegado a donde estamos ahora.

No la hay porque algunos consideran que ahora que ETA está derrotada es cuando hay que darle la razón, proclamando una Euskadi o Euskal Herria autodeterminada a imagen y semejanza

de las formas políticas que existían durante el Antiguo Régimen, antes de que de la mano del liberalismo el sueño de la libertad se fuera abriendo paso en casi todos los países europeos.

Y no hay respeto por las líneas rojas porque en lugar de aferrarnos al valor de la ciudadanía, en lugar de establecer que el debate público debe tener como eje la exigencia a todos los partidos políticos de reconocer, valorar y promover el valor de la ciudadanía bajo pena de no ser considerados democráticos, hemos picado en el anzuelo que le interesa a la ETA todavía no desaparecida y a Batasuna poniendo todos los días en el primer lugar de las preocupaciones políticas el acercamiento de los presos.

No hablo más que de rescatar el debate en torno a lo que significa respetar el valor de la ciudadanía, la consideración de las personas como ciudadanos, como sujetos de derechos y libertades antes que y por en cima de sus identidades y de sus sentimientos de pertenencia, de sus intereses y de sus confesiones religiosas o de otro tipo. Ni siquiera planteo lo importante que sería el que la sociedad vasca se mirara en el espejo y se preguntara qué he hecho durante estos cincuenta largos años, dónde he estado, he contribuido a la legitimación del contexto que ha permitido o animado a ETA a matar, o he tratado de ahogar esa campana de oxígeno de ETA.

¿Cómo vamos a escribir la narrativa de estos cincuenta años largos desde la perspectiva de las víctimas asesinadas por ETA si a las primeras de cambio aceptamos las reglas del lenguaje de ETA/Batasuna y hablamos casi exclusivamente de lo que les interesa, y no de lo que es necesario para la consolidación de la democracia?

Nos queda todavía un camino largo, a pesar de que hemos dado un paso de gigantes con el que ni siquiera soñábamos hace pocos años. Pero quizá por eso, por la satisfacción que nos produce el paso enorme dado, por nosotros y no por ETA, nos cuesta ver que queda todavía un largo camino por recorrer, un camino menos heroico, más corriente, pero también más difícil, que es el camino de construir la narrativa de las víctimas de ETA, que es el camino de un futuro basado en la memoria, en la decencia, en la dignidad, en la justicia, en una mínima crítica de lo que como sociedad hemos hecho durante estos cincuenta años.

Ya está. Lo hemos logrado. Pero ni está ni hemos logrado todo lo que se necesita para un futuro de democracia consolidada en Euskadi, porque los mimbres con los que hemos de construir esa democracia quieren volver a ser del hierro que nos ha mantenido atenzados hasta ahora. Y así no hay futuro en libertad. Ése está todavía por construir. Y lo podremos construir gracias a Gesto por la Paz. Eskerrik Ask.



JOSE IBARROLA